

**EL PLACER DE APRENDER.
Y LO LLAMARÁN PAZ
DE LEANDRO MARTÍNEZ PEÑAS.**

FEDERICO GALLEGOS VÁZQUEZ
Universidad Rey Juan Carlos

Existen dos clases de personas, aquellas que se conforman con unos conocimientos mínimos, que le sirven para su día a día, y aquellas que no se conforman con saber algo, aunque sea de forma precisa y profunda, y desean seguir aprendiendo. No es aprender por aprender, para poder decir alguna frase elocuente que puedan dejar caer en reuniones o charlas. Es un aprender por conocer, lo que supone un aprendizaje placentero, que proporciona verdadera satisfacción en el sujeto.

También aquí nos encontramos con dos tipos diferentes de personas, los que disfrutan aprendiendo, obteniendo una recompensa espiritual con este aprendizaje, y los que junto al placer de aprender, sienten la necesidad de transmitir ese conocimiento, obteniendo así una doble recompensa espiritual, la de aprender y la de enseñar a los demás lo que han aprendido.

Este es el caso de Leandro Martínez Peñas, quien nos regala un magnífico libro, el primero de una serie de cinco, como nos promete en la presentación, dedicado a la Historia de las Relaciones Internacionales, fruto del placer de aprender y a su vez de la satisfacción que produce transmitir lo que se ha aprendido.

“Y lo llamarán paz”, es, como hemos dicho, el primero de una serie de cinco libros dedicados al estudio de las Relaciones Internacionales a lo largo de la Historia, que abarca un periodo extenso de tiempo, desde las primeras civilizaciones hasta la caída del Imperio Romano de Occidente, lo que la historiografía ha denominado tradicionalmente como Edad Antigua.

Con un criterio amplio el autor ha comenzado el estudio de las Relaciones Internacionales desde el momento en que aparecieron estructuras y sistemas políticos que podemos considerar Estados, aunque la gran mayoría de la doctrina de la ciencia política considere que no hay Estado hasta la Edad Moderna, con la aparición de los Estados Nacionales.

Sin embargo, el profesor Martínez Peñas ha considerado, de forma acertada, que no podemos aceptar que hasta Westfalia no hay unas verdaderas Relaciones Internacionales, como

así sostienen algunos estudiosos de la materia. Los acuerdos realizados por el Egipto faraónico o el tolemeico, los llevados a cabo por los imperios sumerio, hitita, babilónico, medo, o sasánida, de reconocimiento de fronteras, de acuerdos comerciales o de alianzas militares, no pueden considerarse de otra manera que como tratados internacionales.

Los acuerdos que dieron lugar, a lo largo de varios siglos, a las ligas que constituyeron las ciudades estados de la Grecia clásica o los reinos posteriores al imperio de Alejandro, los acuerdos firmados por Roma, desde los primeros realizados con las ciudades del centro y sur de la península itálica, o los firmados por la Roma republicana o la imperial, no pueden quedar fuera del estudio de las Relaciones Internacionales, ya que nacieron precisamente de eso, de relaciones internacionales.

El profesor Martínez Peñas divide su trabajo en tres partes, dedicadas a las primeras civilizaciones, al mundo griego y a Roma, respectivamente.

La parte primera, “La cuna de la civilización”, está dedicada a estudiar el origen de las organizaciones socio-políticas, para, a continuación, entrar en el estudio de las relaciones llevadas a cabo por las civilizaciones del Creciente Fértil, las del Egipto faraónico, las de Asiria, las de China desde la creación del imperio unificado, y las de Persia y los imperios medo y sasánida.

Como reconoce el autor en la presentación de la obra, ha dejado sin estudiar, tres de las primitivas civilizaciones como son las que nacieron alrededor del río Indo, o las que surgieron tanto en el norte del continente americano, como las del sur de este continente.

Sin entrar en el examen pormenorizado de todos y cada uno de los tratados que se originaron en este periodo, se recogen un detallado número de tratados, y especialmente las razones y el tipo de tratado que se suscribía por los diferentes estados e imperios que, a lo largo de este periodo y en las diferentes civilizaciones, se sucedieron.

Comenzando por el Creciente Fértil, como no podía ser de otra manera, aparece Sumer como el comienzo de la civilización y por lo tanto de las relaciones internacionales, imponiendo las principales ciudades su fuerza sobre las demás, y sobre los pueblos colindantes. Los muchos tratados firmados por Egipto desde que sus intereses se encontraron con los de otras potencias como Asiria o los hititas.

No deja de estudiarse uno de los estados más importantes de la antigüedad, China. Aunque muchos autores con un eurocentrismo que podemos calificar de pueblerino, en cuanto localista, no tratan más allá del Oriente Medio, por su relación con el Mediterráneo oriental, Leandro Martínez no se deja en el tintero el estudio de las relaciones que surgen en el extremo oriental del continente asiático. El surgimiento de China como imperio unificado fue un acontecimiento crucial en esta parte del mundo, pero no supuso el nacimiento de este tipo de relaciones, ya que los diferentes reinos que existían antes de esta unión ya mantenían relaciones entre ellos y con las tribus exteriores. En la China unificada destacan las relaciones del imperio con los reinos de las estepas, formados por tribus nómadas que amenazaban periódicamente sus fronteras.

En la segunda parte, “La Hélade”, se hace un estudio exhaustivo de las relaciones internacionales que se llevaron a cabo en el mundo helénico, un complejo de ciudades estado,

con relaciones entre ellas, unas veces en grado de igualdad, otras en situaciones de superioridad de una frente a otras, situaciones complejas y cambiantes, pues a lo largo de los siglos la situación de las diferentes ciudades cambiará muchas veces, pasando de ser quien imponga las condiciones a tener que admitir las que ponga otra ciudad.

Destaca en esta parte el estudio de las muchas ligas que se formaron en el mundo griego, ligas regionales, que agrupaban a las ciudades de una zona concreta de la Hélade, ligas defensivas, que se formaban por varias ciudades para defenderse de un enemigo común, que podía ser de dentro de este mundo griego, o exterior, ligas por cuestiones puramente comerciales o de beneficio mutuo, etc.

Y como no, se estudian las relaciones que se produjeron como consecuencia de las grandes guerras que sufrió la Grecia clásica, las guerras con Persia, que el profesor Martínez Peñas prefiere no llamar “Medas”, o las guerras internas, dedicando un capítulo a las “Guerras del Peloponeso”.

En esta parte el autor pone de manifiesto de forma clara la posición preponderante de ciertas ciudades en diferentes épocas, aunque casi siempre destacan Esparta y Atenas. Esta situación provocó que en la mayoría de las épocas, estas dos ciudades fueran las cabezas de diferentes ligas que reunían a ciudades griegas, pero siempre teniendo como fines principales los que interesaban a Atenas o a Esparta.

Como no podía ser de otra manera, se dedica un capítulo a los efectos de la caída del imperio de Alejandro, los reinos helenísticos y la influencia de estos en el Mediterráneo oriental y en Grecia, con una Macedonia que rivalizaba con Atenas.

Por último, la tercera parte “Roma” está dedicada a estudiar las múltiples relaciones que mantuvo Roma desde los primeros momentos.

En los primeros momentos, cuando sólo era una ciudad estado de la zona central de la península itálica, se suscribieron tratados con múltiples ciudades latinas, en un principio en situación de igualdad, pero con el desarrollo de Roma y la cada vez mayor importancia que adquiere la ciudad, estos tratados presentan una situación de preeminencia de Roma sobre las demás ciudades itálicas.

Aunque a lo largo de toda la historia la guerra ha sido el motor de las relaciones internacionales, y en esta época no era menos, con Roma la guerra adquirirá una situación de máxima importancia. Para Roma cualquier conflicto con otro estado se consideraba una agresión y por lo tanto daba lugar a una “Guerra Justa”, guerra que Roma no se plantea sino para vencer, nunca para llegar a un “entente”, lo que llevará a que las Relaciones Internacionales de Roma se plantearán siempre desde una posición superior.

El ejemplo más característico de este modelo de relaciones internacionales es el enfrentamiento que llevará a Roma con Cartago en las tres Guerras Púnicas, en las que se firmaron una serie de tratados en los que Roma imponía sus condiciones a la ciudad norteafricana, cada vez más duras, hasta llegar a la destrucción total de ella.

Tras estudiar las relaciones internacionales en las diferentes etapas por las que pasa Roma, el trabajo termina con las relaciones que se tuvieron con los diferentes pueblos bárbaros, en la época final del imperio de Occidente, y la influencia que tuvieron en la desaparición de este.

Para terminar esta pequeña nota, solo manifestar el deseo de que el profesor Martínez Peñas continúe disfrutando con aprender y con transmitir ese conocimiento a la comunidad, lo que es también una actuación de solidaridad con la sociedad, al revertir en ella lo que uno recibe, en su caso el conocimiento.

Esperamos con interés el próximo libro de este estudio sobre la historia de las Relaciones Internacionales, que se dedicará, como nos adelanta el autor, a las que se produjeron a lo largo de la Edad Media. Suerte y gracias.